

J. CHOZA, *La oración originaria: La religión en la Antigüedad*, Thémata, Sevilla 2019, 421 págs.

Pablo Arnau Paltor – pablo.arnau@campusviu.es
Universidad Internacional de Valencia

Si tuviera que utilizar un término farmacéutico para describir el punto desde el que Choza narra la historia de las religiones, diría que lo hace utilizando un instrumento hermenéutico de significación *de alto espectro*.

La aparición del cuarto volumen que sigue a la revelación originaria en la edad de los metales, corresponde a la descripción de la aparición explícita de la súplica, la oración o la plegaria. Y digo que su interpretación es *de alto espectro* porque en el momento de la formación de Europa y es el proto-cristianismo y, sin embargo, eso no le impide la inclusión de esta junto con las religiones orientales y el liderazgo religioso coincide con la aparición de la autoconciencia y diferenciación de los individuos en la antigüedad que abren el camino de la relación comunicativa con Dios, se hace en referencia al origen del culto de esa divinidad, de la moral en el neolítico, con su cambio de paradigma de la comunidad y la revelación en la edad de los metales.

Ese momento coincide con un cambio de parámetros más radicales en la medida que la descendencia se expresa en la trascendencia de esa misma vida adorada en el paleolítico: pero la característica de esa trascendencia de comunión individual con Dios es exactamente el paso hacia lo trascendental del fenómeno religioso. Ese instrumento de interpretación no le hace inmune a la aparición de un mundo civil administrado por un poder compartido con una jerarquía dedicada principalmente de diferenciar la ortodoxia y ortopraxis, junto con el carácter oficial de la dimensión administrativa del estado. Se trata de la formación de una nueva identidad basada en la intersubjetividad con Dios en relación con la súplica y con la autoridad en relación al estado. Dios mismo es definido por esa administración y acotado frente a la heterodoxia al mismo tiempo que se producen la relación individual y primeras experiencias místicas. Porque el origen de esta nueva identidad se despliega la Nación, el derecho y la ciudadanía tal como podríamos entenderlo antes del siglo XXI, cuando la religiosidad se privatiza en la conciencia, después de la desvinculación entre iglesia y estado, antecedente, a su vez, de los derechos humanos.

Precisamente esa incubación del culto, la moral y el dogma en la conciencia, se convierte finalmente en la súplica cierto carácter trans-cultural, y eso no impide a Choza confesar que la argumentación se centra sobre todo en el cristianismo, cuando adquiere carácter oficial de la cultura del Imperio, necesaria para adquirir la ciudadanía, junto con la cuestión de la exclusividad de

su verdad, de una ortodoxia que se apoya en la filosofía griega, al mismo tiempo que aparecen los primeros relatos místicos cercanos a los inefable: Choza utiliza en este caso esos relatos sin atender a la verdad exclusivista de las religiones a las que pertenecen, dando una muestra más de ese carácter trascendental que ha adquirido ahora su filosofía de la religión. Y ese *alto espectro* se nota también con la mirada retrospectiva hacia el culto y sacrificio del hombre paleolítico, o la organización de los ritmos vitales de los primeros asentamientos o con las revelaciones proféticas o mesiánicas. La novedad de la plegaria o relación con esa misma fuente de que dota al homo sapiens de identidad, es paralela con la administración que adquiere carácter eclesial y civil apunta hacia la burocratización que ya nos recuerda al mundo moderno.

Aunque la inmortalidad ya había sido tratada, por ejemplo, con los faraones egipcios y su extensión a la ciudadanía, Choza analiza el concepto salvífico que adquiere la religión con el *extra ecclesia nulla salus*. Y permite destacar que mientras que los poderes civiles y religiosos permanezcan en simbiosis, no puede llegar a vislumbrarse la transformación de la religión en nuestro siglo.

De hecho, gran parte del interés del libro se orienta hacia el quinto y último capítulo de su historia de la religión en la que la revolución sexual de los años 60, tal vez tenga más importancia o sólo pueda considerarse como precedente la desvinculación entre iglesia y estado. El esfuerzo por entender la evolución conceptual de la religión tiene de hecho como paralelismo la evolución de los conceptos ontológicos de realidad o del mundo o la evolución de la estirpe hacia el individuo, subrayando esa capacidad de penetración que tiene su argumentación interpretativa: aquí el ser de alto espectro es ya poco.

Por eso podría decirse que en este penúltimo capítulo de la filosofía de la religión de Choza puede leerse como el desarrollo de la civilización, el civismo y la ciudad. La nueva aportación después de este penúltimo capítulo nos deja la promesa de la dificultad en definir la religiosidad en donde el ámbito público se ha desvinculado de las creencias religiosas, con todas las ventajas de la convivencia significa, pero con la necesidad de entender en qué sentido se ha retirado a la conciencia y qué metamorfosis adquieren entonces los momentos cruciales de toda cultura como son el nacimiento, la iniciación, el matrimonio, la pena o el rito funerario, coincidentes con los sacramentos en la época descrita en este volumen y constante como rituales recurrentes desde las culturas del paleolítico.